

SENSACIONES DE RUSIA

LOS PASAPORTES

—¡Wirballen!... ¡La frontera...
¡Todo el mundo cambio de tren...
Y á medida que la voz estentórea
pasa entre los camarotes del
Nord-expresso, una ligera inquietud
apodérase de los viajeros. No
hay uno sólo que no tenga alguna
aprensión. Y es que se han contado
en el orbe entero tantísimas historias
desagradables sobre las arbitrariedades
de los funcionarios rusos, que nadie
puede sentirse seguro. Ayer nada
menos los periódicos ingleses y
alemanes hablaban de dos periodistas
detenidos en la frontera polaca y
encarcelados durante tres días por haber

tratado de introducir algunos paquetes de periódicos liberales.

¡Wirballen!

Ya el tren se ha parado. En cada portezuela, dos cosacos. Dentro, una invasión de *nossilchtchik* que se apoderande nuestras maletas y que se las llevan Dios sabe á dónde, murmurando frases misteriosas. Nosotros vamos tras ellos. Al llegar á la puerta de la Aduana, la palabra temida.

—¡Pasaporte!

Ya lo entregamos, y un empleado nos explica que es necesario esperar que sea examinado para que se autorice el registro de nuestro equipaje.

—Si está en regla—dice—es cosa de pocos minutos.

Y nosotros pensamos: ¿Pero si no está? ¿Si se les ocurre que falta una coma? ¿Si se ha olvidado un sello? Y las anécdotas acuden en tropel á nuestra memoria; las anécdotas de franceses, que tienen necesidad de regresar por no haber pensado en un *visa* consular;

las anécdotas de yanquis, que se quedan ocho días en la frontera esperando la traducción de sus pasaportes.

¡Icono, que ocupas el fondo de la inmensa sala entre dos cirios enormes que arden y dos ramilletes que se hielan; santo Icono de la santa Rusia, tú que ayudas á Kuropatkin, tú que iluminas á los consejeros del czar; Icono vestido de telas de oro, Icono coronado de estrellas, protégenos contra los funcionarios que examinan nuestros pasaportes!

LAS VIAJERAS

Con la alegría de los que han salido fácilmente de una imaginaria dificultad, volvemos al Nord-expreso, que ya no es el mismo y que no sólo es mejor, más amplio, más cómodo, sino también

más lujoso. El comedor, decorado con pinturas al fresco, está lleno de gente. Es la hora del te. Y una frase de cierto personaje de comedia francesa viene á los labios: "—Yo no pago el suplemento de los trenes de lujo sino para ver mujeres bonitas."

Vale la pena, en verdad. Porque no hay en ningún lugar del mundo una mezcla tan variada de tipos, un ramillete igual de sonrisas. Allí están las parisienses. Son la mayoría. Son, también, la flor y nata. Sus trajes, sus cuerpos, sus elegancias, sus malicias, sus coqueterías, todo lo que constituye el encanto de la muñeca moderna, está en ellas y en ellas vibra. ¡Y cómo ríen! ¡Y con cuántos mimos, con cuantísimo estudio miran! Al lado de ellas, las alemanas parecen de madera; de una madera muy bien torneada, muy barnizada, muy fresca; pero madera al fin.

Sus actitudes son invariables. Ni se mueven, ni *flirtean*, ni si-

quiera parecen tener conciencia de que son bellas y de que son mujeres. Así, poco éxito. Pero, en cambio, sus hermanas las austriacas, rivalizan con las más seductoras, uniendo la frescura germánica al arte francés. Luego, menos numerosas, las bellezas morenas, las que aquí son exóticas, con sus ojos de fuego, las que contrastan con las pálidas eslavas de pupilas blancas... Y hay, dominándolo todo, una miss.

¡Qué bien dice aquella frase vulgarísima que cuando una inglesa se pone á ser bonita, redime á todas sus compatriotas del pecado de fealdad!

Esta es deliciosa. Hay en ella algo de joya y algo de flor. Es como un esmalte animado. Su vista es una caricia. Se goza castamente de ella, de la gracia que sus labios exhalan, de la alegría de sus ojos, de las curvas de su cuerpo; se goza casta é infinitamente, cual ante un milagro. Y como ella lo sabe, sin duda, y como es evan-

gética, aun en esta tierra polar está vestida lo mismo que nuestras paisanas en verano, con una camisilla de transparente lino y con una falda ajustada.

LA NIEVE

...Y como las camas son excelentes, y como el cansancio es el más poderoso de los opios, nos levantamos cuando el sol lleva muchas horas de alumbrar la estepa. Y alumbrar no es un decir. El sol es pálido; pero es luminoso. No tiene forma; es como una custodia desdorada y maltrecha vista á través de lentes opacos. Tiene algo de cómico. Su miseria aumenta la miseria del paisaje. Y sin embargo, su luz sutil lo ilumina todo, lo aclara todo, lo embellece todo. La nieve, á su caricia, cubre de puntos diamantinos.

¡La nieve!

Vosotros, los que no habéis pasado por aquí, no tenéis idea de lo que esta palabra significa. La nieve es la divinidad terrible, la obsesión durable. Es el sudario que cubre la inmensa tierra muerta. Y es infinita y es todopoderosa. Más allá del horizonte ella reina siempre. Ella es la que convierte los pinos en juguetes de porcelana; la que envuelve entre albos algodones los pajares; la que hace techos marmóreos á los altísimos haces de leña; la que le fabrica una corona al pozo; la que oculta la sordidez de los tejados.

¡La nieve!

En donde mejor se ve su angustia y triste grandeza es en los inmensos espacios vacíos, sin plantas ni seres, en las llanuras fabulosas que se extienden á nuestra derecha. Allí nada rompe su armonía. Ella sólo, orgullosa, va hasta el horizonte en ondulaciones voluptuosas, y suprime hasta la

idea de la vista vegetal. Su blancura se matiza de las más finas tintas, de los más tenues reflejos y se dora, y se ruboriza y se platea, y cobra luces celestes, y llega, á veces en sus curvas más pronunciadas, á teñirse de misteriosas fosforescencias violáceas.

¡La nieve! ¡La nieve!

¡Cuán bella es! ¡Pero cuán cruel!

Los habitantes de la estepa se la representan convertida en dios con la nariz encarnada y el manto blanco. Le llaman Moróz. Lo adoran con terror supersticioso, y, lo mismo que los cartagineses á Baal, le ofrecen, en triste holocausto, sus pobres vidas sin alegría. Todos, en efecto, mueren por él; todos, hasta los osos pesados y rítmicos; todos, todos, hasta los pinos melancólicos y esbeltos.

LA LLEGADA

¡San Petersburgo!... De un extremo al otro del Nord-expreso, el anuncio de la próxima llegada produce una sensación de placer y de inquietud. Las frentes se apoyan en los cristales de las ventanillas y la vista busca, á través de la nieve, allá, á lo lejos, el panorama de la ciudad. ¡San Petersburgo, San Petersburgo!

Y, poco á poco, en el espacio helado, bajo un cielo opaco, van surgiendo los edificios principales que ocupan las acrópolis. Y son cúpulas doradas, y son infinitos domos multicolores, de estilo bizantino, formando familias arquitectónicas, en las que los pequeños se acogen á la sombra de los grandes; domos variadísimos que, á veces, son cual un fruto maduro en la cima de un tallo, y, á veces, se abren en pétalos áureos, como inmensas flores asiáticas, como lotos monstruosos; do-

mos que seducen y desconciertan, que se ocultan unos tras otros, que surgen de pronto, que dominan el paisaje, y que, tutelares y caritativos, ponen en el ambiente de frío y de bruma un poco de luz, de capricho, de alegría. ¡San Petersburgo! Y vemos, ya cerca, en una plaza inmensa, en medio de edificios que aun no se precisan, la columna célebre, en cuyo remate se yergue el ángel de bronce. Vemos las torrecillas agudas del Almirantazgo y del Volkovo, las cruces extrañas de cien iglesias, las columnatas, las estatuas... ¡San Petersburgo! Todo es grande en el panorama. Las calles no tienen fin y se pierden en el horizonte. El río helado, por el cual pasan enormes carretas, se ha convertido en una cantera de hielo. Los ojos no pueden cansarse de contemplarlo. Es lo más singular, lo más exótico que pueden imaginaciones meridionales figurarse. Barcos de tres palos están prisioneros en sus aguas; bajo sus puen-

tes, los vendedores ambulantes han plantado tiendecillas de campaña, y calientan el samovar; en todas direcciones los grupos de patinadores pasaban rápidos y rítmicos. ¡San Petersburgo!

 EN TRINEO

Henos aquí. Ninguna dificultad. Nadie nos ha pedido el pasaporte al bajar del tren. Ningún funcionario de barbas hirsutas nos ha interrogado. Los de la Aduana, allá en la frontera, apenas entreabrieron nuestras maletas y sólo nos pidieron nuestro *pass*, cual ellos dicen, para ponerle un sello. Henos aquí, en nuestra troika sonora. ¿Por qué ocultarnos á nosotros mismos la sensación que experimentamos? Como el poeta, vemos complacidos que aun podemos hallarnos «cu-

riosos de todo y de todo admirados». Tenemos curiosidad de ver como anda este vehículo, bajo y ancho, sin ruedas; tenemos curiosidad de saborear las caricias del aire helado; tenemos curiosidades de todas clases, infantiles y frívolas, alegres, con voluptuosidad. Así, en cuanto el mujik, de pantalón rojo y de abrigo peludo, empuña las triples riendas, nos arropamos bien en los abrigos de nutria aterciopelada, y esperamos. Hay algo de beato en nuestras almas. Ligeras esperanzas, ligeros temores nos animan. ¿Qué vamos á encontrar allá, al volver de aquella esquina; allá en donde comienza la ciudad formidable y enigmática? ¿Asistiremos á un segundo acto de la tragedia? ¿Veremos levantarse el sol de púrpura? Junto con estas graves preguntas, otras muy nimias acuden. ¿Será polar, será mortal el frío? ¿Será la vida muy rara? Y, ¿por qué negarlo?, también nos preguntamos: ¿Serán bonitas la rusas; serán como aque-

llas que, en los bajos relieves del admirable Truketzkoj, se yerguen cual iconos, ó como aquellas del pintor Widhopff, que tienen ojos glaucos y sonrisas de Jocondas?...

El campanilleo de los arneses ha interrumpido las soñaciones. Un riendazo, una exclamación gutural del auriga, y henos aquí en plena realidad, resbalando rápidos sobre la nieve. Las calles van abriendo sus perspectivas ante nuestro galope. Porque aquí el paso rocicante de los simones es desconocido. Todos los trineos corren dejando nubecillas de hielo en sus huellas, todos, desde el modesto que guía un *izvochchik*, hasta el señorial que, tirado por una cuádriga, lleva á los grandes duques de paseo. El nuestro es una troika, algo como un carro romano, con sus tres caballos enganchados en forma de un abanico, con su cochero casi de pie, vocinglero y gesticulador, con sus arcos llenos de cascabeles y de campanillas que suenan, que ale-

gran, que llenan la calle y que nos hacen repetir mentalmente los versos de Edgardo Poe:

Los trineos matutinos
con sus toques argentinos,
pasan locos entre risas...

Porque, en efecto, hay algo de locura alegre en este resbalar vertiginoso, que deja apenas entrever las tiendecillas bajas, en el fondo de las cuales, en pleno medio día, arden las lámparas de gas, y que da á los edificios que se encuentran formas alargadas y temblequeantes. Hay locura, sí; pero sobre todo hay, para nosotros los que venimos de muy lejos, sorpresa inquieta. ¡Qué sensación tan penetrante! La nieve del suelo, cortada por los patines de acero, salta hasta nuestro rostro, mientras los copos, más suaves, vienen volando á posar sus alas albas en nuestros abrigos, en nuestras gorras. Todo es blanco. Los caballos llevan las crines empolva-

das, como pelucas de marqueses Luis XV. En las barbas del mujik que conduce, el aliento se ha helado y forma estalactitas. Las riendas, á pesar de su perpetua sacudida, se llenan de puntos immaculados. En las aceras nada sobresale. Los bancos, los kioscos, las vidrieras, todo es blanco, blanco. Y ante nosotros, una anchura admirable, cual una gigantesca vía sacra de mármol nuevo, se extiende á pérdida de vista la Perspectiva.

EN EL HOTEL

Estos que el ingenuo Bædeker llama grandes hoteles, no son, en realidad, sino hoteles grandes—muy grandes, eso sí,—más grandes que cualquier *caravanserail* parisiense, tan grandes como un «palace» neoyorkino, y sobre todo

muy complicados, con cien escaleras diferentes, con pisos que no están nivelados sino que bajan y suben por medio de gradas, con puertas en varias calles, con pasillos enormes y oscuros. Todo esto obedece á que, en su formación, estos hoteles han seguido un sistema igual al de la patria rusa: han ido anexionándose las casas vecinas conquistadas con oro. Desde fuera, contemplando las fachadas del nuestro, cuento hasta siete fábricas diferentes. Pero á los propietarios les parece que basta con pintar todos los muros exteriores de un solo color para establecer la unidad.

El *confort* ruso es sumario. Lo indispensable le parece suficiente. Así, en los hoteles, nada de *halls* como aquellos que en Londres, en París, en Bruselas, en Berlín, en todas partes, sirven de sala de descanso durante el día y se animan al anochecer con lánguidas músicas de *tziganos*. No, nada de músicas. Nada de lujo, ni siquiera una

sala de café, ni un *bar* á la americana con altos taburetes. Las salas mismas de lectura—el «salon», como dicen pomposamente los señores gerentes,—son estancias reducidísimas, con doce sillas incómodas, una gran mesa cubierta de periódicos y un velador diminuto con recado de escribir. Allí es en donde los huéspedes esperan turno para ir escribiendo uno tras otro su correspondencia; allí es en donde nos amontonamos todos tratando de leer el periódico del día; allí, en fin, en donde las rubias misses y las ondulantes demoiselles, establecen sus flirteos á la hora clásica del te.

¡Y los muebles! Hay en los periódicos ilustrados parisienses un grabado que simboliza el gusto de este pueblo. Es una sala pequeña en el palacio imperial. El czar y la zarina, sentados uno frente á otro, callan. Y las ilustraciones escriben al pie: «Nada tan distante de la idea que nos formamos en Europa del lujo imperial, como

esta realidad modestísima.» En efecto, los muebles de palacio, como los de mi hotel, todos los muebles de toda la santa Rusia, son de un estilo pasado, viejo, sin elegancia. Diríase que la influencia europea se detuvo allá en el año 48, en tiempo de Jorge Sand, después de haber llenado las almas de vagos anhelos idealistas y los salones de enormes sofás á lo Luis Felipe, de frondosos cortinajes de reps florido, de espejos cuyo marco rematan dos angelotes que sostienen una guirnalda de rosas.

Y todo esto muy mal alumbrado... Porque se diría en verdad, que gastando toda la lumbre en calentarse, los rusos no tienen para iluminar sus calles y sus casas sino unos cuantos cabos de vela.

UN AMIGO DE DON JAIME

En la confusión cosmopolita

que reina al anochecer en la sala de lectura—en el «salón»,—encuentro una figura conocida. Es la de Jean Rodes, el corresponsal del *Matin* en la Manchuria, que ha venido aprovechando la tregua del invierno á hacer un viaje á París y que ahora regresa á su puesto avanzado. ¡Veinticinco días de ferrocarril por tener el gusto de apurar una copa de ajeno en el bulevar! Y uno no comprende esto cuando piensa en ello tranquilamente sentado en su butaca sedentaria.

—Pero—me dice Rodes,—después de haber vivido una existencia cual la que llevamos en la China, entre los ejércitos de Rusia y Japón, sin comodidades, sin placeres, sin poder siquiera tener el goce íntimo de cumplir bien nuestros deberes, sería uno capaz de atravesar el mundo para ir á dormir una noche en su pueblo.

Luego, animado por una pregunta mía, háblame de D. Jaime, su amigo D. Jaime, con quien cenó

muy á menudo durante la primera parte de la campaña, su amigo el príncipe liberal, el entusiasta de la democracia.

—Es natural—dice—que aquel chico sea en ideas lo contrario de lo que es su padre. Ha leído y ha vivido. Conoce á los hombres. Ve, en Rusia, lo que se consigue á la larga con un régimen de religión regia. Sí, es natural. Lo extraordinario sería lo contrario. Porque se comprende que un monarca reinante, á quien desde la cuna le ocultan la realidad, tenga aún ideas reaccionarias; pero un príncipe vagabundo y curioso, no. Lo que yo publiqué en *Le Matin* no fué sino un pálido resumen de nuestras largas charlas.

A veces casi me parecía que era, en cuestiones políticas, más avanzado que los fundadores de la tercera República francesa ¡Si le hubiese usted oído hacer el elogio de Combes! Su palabra era elocuente, noble y bellamente elocuente al hablar de los obreros,

de los proletarios, de los soldados, de los que sufren, de los que van por un calvario eterno, de los que no ven en la vida sino el deber, de los que sirven para todo, de los que bañan la tierra, ya no con el sudor de su frente, cual en los tiempos bíblicos, sino con las lágrimas de sus ojos y con la sangre de sus venas.

Rodes se detiene, se excusa.

—Ya ve usted—dice—que me dejo llevar por mi entusiasmo.

En seguida, sonriendo:

—Hay en Don Jaime un deseo de vivir una vida no de príncipe, sino de hombre, que no es común en los herederos más ó menos fantásticos de tronos. Así, él mismo me contó la aventura de un buque... ¿No la conoce usted?... Es muy curiosa... Un día su padre le autorizó para comprar un *yacht* de recreo. En vez de *yacht*, adquirió en un puerto de Extremo Oriente un buque mercante que aun estaba lleno de mercaderías. El capitán le dijo:—Permitame usted

que termine mi viaje, y que desembarque mi carga en los puertos de la China. Dentro de un mes estaré de vuelta y entonces podrá usted hacer limpiar el barco antes de navegar en él.» Don Jaime exigió que le diesen su buque en el acto, comprometiéndose á llevar las mercaderías á sus puertos de destino. Así se hizo. El capitán le entregó el mando. Y durante veintitantos días, su alteza, vestido de capitán mercante, fué, de puerto en puerto por los mares amarillos, desembarcando fardos.

—————

POR LAS CALLES DE PETERSBURGO

Hace dos días que no nieva. El termómetro no baja de cero. Entre hielo que, fundido, forma un lodazal sin orillas, los trineos se arrastran difícilmente. Los techos, despojados de sus blancas cubier-

tas, gotean con una monotonía desesperadora. Esta clemencia repentina del clima ha cambiado por completo el aspecto de la ciudad, poniendo á la vista lo que ayer estaba oculto, derritiendo los mantos albos de las estatuas, limpiando los opacos cortinajes de las vidrieras. ¡Y es lástima, os lo aseguro, es una inmensa lástima! Porque así como Nápoles dora sus sordideces con sol, San Petersburgo esmalta de nieve sus miserias.

—

¡Lo que va de ayer á hoy! Ayer había aquí una gran ciudad. Hoy sólo queda una ciudad grande. Los copos complacientes servían de soldaduras á los contrastes, y nada chocaba en la uniformidad virginal. Entre los altos cuellos de pieles, los rostros no tenían más singularidad que la irritación producida por el frío. Era una magnífica capital europea, os digo. Pero ahora, que las vidrieras han recobrado su transparencia y que las solapas monstruosas de los abri-

gos peludos se han bajado; ahora, que nada esconde nada, notamos que Europa se quedó allá del otro lado de la frontera, antes de Wisbalen, y que esto no es, realmente, sino una encrucijada por la cual pasan algunas razas asiáticas. «¡Somos tártaros puros!» — exclama Dostoyewski.

Y si los otros rusos no lo dicen, ó, por lo menos, no lo dicen con gusto, poco importa. Todo aquí proclama exotismo original. Ese lujo vistoso, esa ingenuidad en el amontonamiento de las riquezas, es pérsico. En esos rostros hay mucho de mongol. Esa novelería ante lo que suena, ante lo que brilla, ante lo que sorprende, es de pueblos jóvenes que aun no han sido gastados por civilizaciones tradicionales. Esa misma lengua, en fin, sin durezas propias del Norte de Europa, sin atropellos de consonantes, esa lengua que gorgjea llena de diminutivos y de languideces, es de formación extraoccidental.

No tengo necesidad de ir muy lejos para convencerme de que San Petersburgo es una ciudad improvisada, algo como un barrio de Exposición Universal, ó mejor aún, un campamento de palacios. Los historiadores hablan de doscientos años. En realidad, treinta habrían bastado. Lo importante era tener mucho oro, muchísimo oro. Porque en toda esta arquitectura sin belleza, hay un derroche que pasma de columnatas de mármol, de techos áureos, de torres altísimas, de muros de basaltos. En cualquier callejuela se encuentra, entre dos casuchas, un palacio de piedra roja de Finlandia con cariátides de ónix y puertas de bronce.

Las plazas parecen hechas para que ejércitos enteros maniobren en ellas. En la Morskaja, en la Kazanskaia, en la Vladimirsky, en la Liteiny, en todas las grandes calles, hay edificios á granel. ¡Y qué decir de la Perspectiva Newsky! Es el orgullo de la ciudad.

No admirarla es cometer un sacrilegio. ¡La Newsky! Empero no hay vía petersburguesa que haga experimentar la sensación de campamento, tan bien como esta maravillosa Perspectiva.

¡La Newsky!

Hela aquí sin su nieve tutelar. Es larguísima. Es muy ancha. Es perfectamente recta. Cada cien pasos ostenta un palacio y en cada palacio hay dos ó tres tiendas de lujo. En uno de sus extremos alza la esbelta torre del almirantazgo.

En su centro está la catedral de Kazan con sus mil columnas. Los guías, al acompañaros, os van diciendo, como los gondoleros en el *Canale Grande*, los nombres de los palacios. Este es el Antichkov, éste el del duque Sergio, éste el de Stroganoff, éste el de un banquero, aquél el de una cocota...

Y luego vienen las iglesias, Santa Catalina, las Holandesas,

la de los Armenios, la del convento de San Alejandro. Y en seguida, los teatros, las bibliotecas, los grandes hoteles. ¡Todo muy suntoso, de acuerdo, todo muy rico! Pero colocáos aquí, en la parte céntrica, en la esquina de la Morskaia, y contemplad el conjunto. ¿No es cierto que ahí falta algo? ¿No es cierto que ahí sobra mucho? Esos techos desiguales que sorprenden sin seducir, esos contrastes entre fábricas sin analogía, esos vacíos repentinos, esa grandeza sin hermosura, en fin, choca y entristece y hace pensar en ciertas calles de Italia, que en quinientos metros, con dos capillas y unos cuantos palacios modestos producen una impresión de majestuosa armonía que aquí falta.

Y si de lo monumental pasamos á lo elegante, á lo que en París y en Londres es tentador, á los escaparates de las tiendas, igual impresión sacamos. Hay muchas vidrieras, sí, y en esas vidrieras hay

muchas cosas. Sólo que están mal presentadas.

El ruso, niño bárbaro, quiere enseñar todo lo que tiene, quiere lucir todos sus trajes, quiere amontonar todas sus joyas. En una ventana hay con que llenar diez ó doce. La promiscuidad es corrientísima. En el mismo sitio se exponen custodias de plata para iglesia y marcos dorados con el retrato de la bella Otero. Las tiendas de los fruteros avicinan con los almacenes de encajes. Entre los quesos de bola y las sedas Liberty, no hay más que un tabique.

Pero quizás todo esto sea muy natural, muy lógico, muy bello y á mí no me parezca hoy lamentable sino por efecto del deshielo. Quizás todo aquí esté hecho para ser visto entre la nieve. Cada ciudad necesita su atmósfera peculiar, su cielo, su sol. Y hoy los copos no han caído, y el rey del Polo no ha soplado sobre nuestras cabezas. Y esto es como si en Sevilla no saliera un día el sol.

LOS SEÑORES FUNCIONARIOS

Ayer estuve en la prefectura de policía. Hoy he estado en el ministerio de Hacienda. Una y otra vez fui en compañía de un joven humorista inglés que cansado de no encontrar en San Petersburgo teatros de género chico, se ha propuesto reir á costa de los funcionarios rusos.

—Es el sistema más barato y más seguro—me dice.

Y en verdad, tiene razón. Porque no hay en el mundo entero un ser tan caricaturesco como el empleado moscovita. Recordad todo lo que, en nuestros paseos forzosos por ministerios, archivos y bibliotecas, os ha hecho reir. Evocad las siluetas goyescas de los viejos que duermen metidos en sus gorros con borla, y de los jóvenes que se acartonan en la inmovilidad del dulce no hacer nada oficinesco. Ved con la imagi-

nación á los seres de Monnier, de Gavarny, de Forain. Haced épicos vuestros recuerdos, en fin, y aun os quedareis muy lejos de la realidad.

Aquí, en primer lugar, el funcionario es casi siempre un caballero de uniforme que lleva veinte cruces en el pecho. Los más modestos se ponen frac y ostentan en el cuello una medalla. En cuanto á los orgullosos, parecen á primera vista introductores de embajadores.

Mi inglés me ha dicho:

—No se asuste usted por el número de condecoraciones. Aquí son inofensivas.

Yo no me he asustado. Me he contentado con tratar de contarlas, y he visto que son infinitas como las estrellas y variables como el mar. Las hay grandísimas, con alas como ruedas de molino; las hay ovaladas, casi oblongas, con picos que van desde el pecho hasta la cintura; las hay, naturalmente, redondas; y lo extraordinario, lo in-

creible es que las hay también que son cuadradas. Cada una tiene su cinta y cada cinta es de varios matices. Así, entre la capa de estudiante clásico, que

toda llena de remiendos
de diferentes colores,
parece un jardín de flores,

y la casaca de un funcionario ruso, no existe diferencia ninguna.

Pero, bajo ese exterior tan solemne, se esconde una alma de *clown*.

—Vea usted cómo tiemblan— murmura mi amigo al abrir la puerta de una oficina.

Y, realmente, en cuanto alguien se presenta, los diez, los doce, los veinte personajes de la estancia ministerial, palidecen y gesticulan y tosen y tiemblan de miedo, figurándose que van á obligarlos á trabajar. ¡Pobrecitos! Todos tratan de hacerse los distraídos ó los ocupados.

—¿Podría usted...?

Pero ninguno deja terminar la pregunta.

—No es aquí—contestan.

Mi buen inglés, cruel y tenaz, continúa interrogando uno por uno:

—¿Podría usted darme un apunte sobre las rentas de tabacos?

No es allí. Los diez lo han asegurado. Y, sin embargo, en la puerta, en letras rusas, latinas y alemanas, el triple rótulo dice:

«Renseignements statistiques sur le tabac.»

—Y eso—termina mi acompañante— que no hemos tenido la suerte de llegar cuando estaban tomando el te.

¡Oh, el te de los funcionarios! Desde el director general hasta el portero, todos toman tres ó cuatro tazas durante el día, y para cada taza necesitan una hora.

—Pero, por fortuna—termina mi inglés—en el imperio del czar no hay más que un funcionario por cada catorce habitantes.

LA OBSESIÓN

En la calle, en las fábricas, lo que se teme es el látigo cosaco. En los centros intelectuales, es el destierro. Y esos que dicen, como el esc ritor Notovich, que Siberia no es sino una melancólica estación de perpetuo invierno, mienten. Y esos que cuando vuelven indultados, después de muchos años de dolor, después de haber perdido la energía, la fuerza, la vitalidad; esos que vuelven y sólo piensan en curarse y callan medrosos, y á los que los interrogan les contestan que no es aquello tan terrible, esos también mienten.

El pueblo de los intelectuales lo sabe, y por instinto no pronuncia jamás la palabra maldita sin que en sus seres algo tiemble, algo se crispe.

¡Siberia!

Es el infierno de los que piensan. Cuando un poeta tiene un

sueño de libertad, de dicha nacional, de ventura piadosa, ve á lo lejos, en una bruma helada, á una mujer que poniéndose el índice sobre los labios, le obliga á callar. Es la imagen de Siberia. Y cuando en los tímidos arrebatos del alma altruista, un escritor siente que acuden á su pluma palabras de justicia, de verdad, de reparación, una mano invisible detiene su brazo; la mano de Siberia.

En la corte misma, entre los favoritos; en los *boudoirs*, donde triunfan las sonrisas femeninas; en medio de las intrigas galantes y de las maquinaciones políticas; en la antecámara imperial, al pie del trono, la palabra siniestra, sin cesar, suena con sus sílabas de hielo. ¡Tú, princesa rubia que aun crees en la virtud y en el amor, tú que adoras á tu marido el esbeito capitán de la guardia, ten cuidado! Un gran duque te ve con ojos de oso tierno. Si no le sonries pudiera ser que se descubriese mañana un *complot* en el cual tu pa-

dre aparecerá comprometido. ¡Siberia! Y tú, paje noble, tú que sirves á las infantas con elegante humildad, tiembla de sólo pensar que un día una sobrina del César puede vér con complacencia tus ojos azules y tus labios rojos. Para hacerte olvidar, ahí está Siberia. ¡Pero, qué digo! Tú mismo, gran chambelán, y tú, duque secretario, y tú, ministro omnimodo, y tú general glorioso, todos vosotros los que servís de rodillas al Santo Tirano, vosotros y vuestros hijos, ¿no os estremecéis acaso con frecuencia pensando en que mañana una calumnia cualquiera puede hacer enganchar el trineo que va hacia la blanca Siberia?

Justamente, he aquí un libro en el cual se refieren los tormentos de los más nobles *deportados*. Y no es un libro de poeta, no es una novela de visionario, no es un estudio de almas atormentadas, como los de Korolenko. Su autor es una dama que jamás tuvo aficiones literarias; pero que contando con

sencillez lo que sufrió y lo que vió sufrir, ha sabido realizar el milagro de la suprema belleza. ¡Cómo palpitan en sus páginas los cielos niveos del Asia! ¡Cómo se retuercen los condenados del infierno helado!

Oid. La que habla es la princesa Maria Wolkouski, dama de honor de la czarina, que siguió á su marido en su destierro. «Los deportados—dice—trabajaban en la mina desde las cinco hasta las once de la mañana. El resto del día pasábanlo en la prisión, que era el lugar más inhumano que puede soñarse. Mi marido ocupaba, en compañía del príncipe Trubetzkoï y de otro noble, una celda de 2 metros, 13 centímetros de largo, por un metro, 42 centímetros de ancho, tan baja de techo, que ni yo misma podía ponerme en ella de pie. Al llegar, cuando el director del presidio me condujo á aquel sitio, no ví nada. Mi Sergio se precipitó hacia mí, y el ruido de sus cadenas me desgarró el corazón,

exaltándome hasta hacerme arrodillar ante él y besar sus pies descalzos y besar sus grillos. Viendo aquella escena, el carcelero abría la boca, sin poder comprender como una mujer libre, noble, joven, inclinábase así ante los hombres á quienes él trataba peor que si hubieran sido perros.»

Verdad es que este es el régimen de rigor que no se emplea sino durante los dos primeros años con objeto de matar toda energía en el alma del deportado. En cuanto los informes del carcelero establecen la conducta de la humildad, San Petersburgo da la orden de traslado á una ciudad sin presidio y sin minas, en la cual los desterrados sólo barren las calles y edifican los edificios públicos con un frío de 45 grados. Los fuertes resisten. Los que están sostenidos por una fe inquebrantable, no mueren. Ahí está Korolenko, que vive aún, que aun tiene ilusiones, que aun cree en el advenimiento de la libertad. Y para lo futuro

quedan muchos todavía que irán y que volverán. Queda Gorki á la cabeza de ellos. Porque estos regimenes espantosos que matan las voluntades vulgares, que envilecen el alma de las masas, tienen por lo menos la virtud de crear temperamentos inflexibles y de encarnarlos en carne de mártires.

PLACERES DE GRANDES DUQUES

—Esta noche vamos á consagrarla á un viaje por el pais de la alta galantería.

Y durante el trayecto, nuestro bondadoso *cicerone* nos daba pintorescos datos, hablándonos de las fiestas estupendas del restaurant del Oso y del restaurant Donon, de las mascaradas interminables del concierto de Apolo, de los cortejos primaverales de las Islas, del Acuario, en fin y de sus gabinetes particulares.

—Este último—decíanos—es el más característico. Por eso os llevo allí de preferencia. Es al mismo tiempo *Music-hall* y una taberna de lujo, algo como un *Folies-Bergere* que fuese un *Maxims*, un templo de Venus y de Baco al cual acuden los más nobles y los más ricos devotos, dispuestos á todos los holocaustos. Porque en Rusia la borrachera es un mal aristocrático. No hay gran duque, ni gran almirante, ni gran general, que haga ascos á las botellas. Lo único que exige la etiqueta es que la borrachera sea cara. Los que beben *vodka* son despreciables. En cambio, puede beberse *champagne* sin medida. «En los catés cantantes — dice Giffard — se ve la universalidad de la borrachera.» Y Giffard es de los que no exageran. Ya veréis. Hoy, justamente, es día propicio. Entremos.

Lo primero que nos chocó fué que la entrada no costase nada. Luego, ya en el interior, senta-

dos ante una mesita de mármol, nos creímos en un concierto alemán. Por todas partes, comiendo enormes chuletas y bebiendo *chopes* espumosos, las parejas idílicas parecían tan ajenas á la poesía como á la perversidad. Eran, lo mismo que en los cafés de Hamburgo y de Berlín, empleados de comercio y costureras, gente apacible, corazones modestos. El espectáculo del escenario parecía preocuparles más que sus deseos amorosos. Comían, bebían, oían, veían; y estando uno al lado del otro, amándose probablemente, hubiérase dicho que ni siquiera se conocían. Los oficiales mismos, en grupos reducidos, guardaban la mayor compostura.

—¿Aquel es un general?...

Nuestro guía se echó á reír.

—Es un portero—murmuró.

Su pecho, sin embargo, ostentaba veinte cruces, y en sus mangas el oro cubría el paño.

—¿Y aquel otro, muy joven,

con un tricornio y un espadín, es un alférez?

—Aquel es un estudiante.

Entonces callamos, temerosos de seguirnos equivocando, y nos contentamos con examinar los infinitos uniformes que pasaban. Los había negros con adornos blancos, rojos con bordados verdes, amarillos con cintas azules. Los había de corte casi asiático, con anchos pantalones turcos y chaquetas cortísimas; los había magníficos cual trajes de carnaval, llenos de encajes áureos, coronados por morriones de pieles blancas; los había de una sencillez de guardia nacional. Pero eso sí, todos aquellos uniformes encerraban seres muy apacibles.

Aquí—nos dijo nuestro *cicerone*—ahora estamos en el *hall* de las familias. Los que quieren divertirse se encierran en los «salones», como ellos dicen, es decir, en los gabinetes particulares. Una vez allí se acabó la gravedad. Del fondo de los aristócratas, de los mag-

nates, el señor feudal surge, cruel y exigente. Ante su voluntad todo debe doblegarse. Para eso paga. A los camareros los trata como esclavos, y á las mujeres las trata peor aún. ¡Ah, no es fácil formarse idea de lo que aquí les cuestan, á las reinas de Citerea, sus encajes y sus diamantes! Cualquiera duque puede disponer de las artistas de cualquier teatro. Los empresarios son galeotos. Y no hay ley, no hay policía que impida el odioso tráfico. En cuanto uno de esos grupos se pone de acuerdo sobre la belleza de una de las chicas que cantan, ya se sabe: toman un salón y llaman al gerente. «¡Champagne y el número tantos!» Porque para ellos las mujeres no tienen nombre: no tienen más que el número con que figuran en los programas. ¡Y el número tantos tiene que acudir! ¡Y tiene que beber! ¡Y tiene que prestarse á todos los caprichos! Las rebeldías son raras. Las pobres saben que si disgus-

tan á esos grandes señores, el empresario las echará, obligándolas á pagar una indemnización ó haciéndolas encarcelar con cualquier pretexto. Hace apenas quince días una bailarina americana se negó á bailar en la intimidad, ante tres ó cuatro personajes borrachos. Los bárbaros comenzaron por maltratarla brutalmente. Luego para evitar reclamaciones, la acusaron de haberles robado un alfiler de diamantes. Como se trataba de una mujer enérgica que supo hacerse proteger por su cónsul, hubo un escándalo. ¡Pero si supierais lo que se hace con las rusas, que no tienen recursos diplomáticos, ó con las españolas, ó con las italianas! Yo he visto á más de una bella sevillana llorar, con el traje roto y con el cuerpo herido, en esos pasillos misteriosos.

«EL CHTOCHUKINE»

—¡Ya veréis cuán curioso!

Y nuestro trineo seguía su carrera por los márgenes de la Fontanka helada, dejando atrás los barrios ricos, las avenidas palaciegas, las plazas monumentales... Y muy lejos, muy lejos, allá en el fondo de un suburbio, sórdido, detrás del monumento de la Gloria, casi al pie de la popular basílica de Ysmailof, vimos al fin una puerta adornada de íconos.

—Aquí es; entremos.

Entramos. Al principio fué un pasaje, un pasaje pobre, algo como el temple de París, una especie de Rastro lleno de puestos de cosas viejas, bazar de trapos usados, de joyas falsas, de cuadros descoloridos, de armas incompletas, de objetos heterogéneos, atraentes por su misma miseria.

Nos detuvimos ante cada vidriera. Entramos en muchas ten-

duchas. Vimos en montones extravagantes, mezclándose cual frutos de saqueo, los Cristos de plata y los samovares de cobre, las dalmáticas recamadas de oro de las iglesias ortodoxas y las medias de seda color de rosa, Dios sabe de qué pecadoras, las mantas de los más humildes lechos y los encajes principescos, los puñales del Cáucaso, bellos como joyeles, y las ruedas sueltas de las máquinas de coser, los pergaminos historiados y las entregas de las modas elegantes... Gozamos como exploradores en muchos sitios. Examinamos con desconfianza los objetos que nos parecían hallazgos, y siguiendo el sapientísimo consejo baedekeriano, regateamos á la manera judía, ofreciendo veinte kopeks por lo que costaba un rublo. Los vendedores, ávidos é indecisos, juraban primero que no podía ser; luego hacían una rebaja; en seguida corrían detrás de nosotros para decirnos que sí... Y sempiternamente la misma sal-

modia alzabase de sus labios, mientras ataban el paquete:

—Más caro lo pagué yo, caballero; pero los tiempos son tan difíciles... ¡hay tanta pobreza!...

En el fondo de obscuras barracas, mujeres pálidas de perfil semítico hacíannos gestos desesperados invitándonos á entrar. Tenían para ofrecernos, pastillas perfumadas, pastas de afeites, pañuelos de seda, flores artificiales y además ¡oh! además misteriosamente, abriendo mucho los ojos, acercando mucho los labios á nuestros oídos, además tenían talismanes amorosos; filtros mágicos, amuletos encantados.

Es la más grotesca, la más cómica de las ferias.

Pero apenas habíamos acabado de decirlo, cuando nos encontramos en el umbral del inmenso patio que constituye el verdadeso *chichukine*, es decir, el «mercado de los piojos», el antro raro y característico de la miseria petersburguesa, la corte de los milagros

moscovita, la ciudad doliente y pestilente.

Comparando con aquello, lo anteriormente visto en las barracas del pasaje nos pareció rico, cual bazar de *Mil y una noches*. Porque no hay, no puede haber en el mundo, ni siquiera en los ghettos de Africa, un igual espectáculo de asco y de piedad. En el aire, los olores de la manteca rancia, de los harapos húmedos y de los pescados podridos, mezclábanse para hacer irrespirable la atmósfera. La nieve misma del suelo, negra, espesa, parecía exhalar un aliento de descomposición. ¡Y qué decir de aquella hormigueante masa! ¡Cómo pintar aquella multitud famélica, aquel populacho de ciudad medioeval en tiempo de peste, aquel rebaño descolorido, sin esperanza, casi sin vida, animado no más que por el instinto supremo de la animalidad y sólo sensible á esos acicates asiáticos, que son el hambre y el frío! ¡Cómo deciros

siquiera de qué vestían, con qué se calzaban! Ni aun en las escrupulosas descripciones de los ejércitos hunnos existe un catálogo capaz de servir de guía para tal enumeración. Ninguna prenda era de una sola tela. Había pantalones que con sus perneras de diferentes colores, cual los del Arlequino habrían hecho reír, si no hubieran hecho llorar. Las pieles de las monteras, pieles asquerosas, sin un solo pelo, tenían remiendos de paños.

Las faldas de las mujeres, muy cortas por lo general, eran á veces pedazos de alfombras, restos de cortinas. En cuanto á los zapatos, ¡oh, miseria de las miserias!, los zapatos para el hielo perpétuo, solían no ser sino trapos que envolvían los pies... Y para ahondar la sordidez había entre todo aquello, manchas vivas de color, producidas por alguna pluma adornando un sombrero femenino, por alguna casaca de

teatro cubriendo el cuerpo de un mendigo.

—Entremos hasta el fondo—dijonos nuestro guía—veréis lo que se vende.

Sin dar muchos pasos lo vimos. Lo vimos y nos volvimos atrás. Eran, entre calcetines viejísimos, pedazos de pan; junto á fragmentos de pieles innobles, pescados secos. Era lo más increíble, lo más horrible. Era aquello que está antes de la muerte de frío y de la muerte de hambre. Era, para evitar la podredumbre de la tumba, podredumbre de la vida.

Y lo más espantoso es que entre aquellos seres, había muchos, muchos, que contemplaban los harapos y los mendrugos con impotente deseo, con vano anhelo.

EL TIRANO

No; aquel palacio no hace pen-